

El día 9.11.1913 desde Riva, escribe Kafka a Brod esta otra desgarradora secuencia: «La necesidad de estar solo es algo autónomo, estoy ansioso de estar solo, me espanta la idea de un viaje de bodas, me repugna cualquier pareja de recién casados, ya sea que entable relaciones con ellos o no, y cuando quiero provocarme repulsión no tengo más que imaginarme que pongo mi brazo en torno a las caderas de una mujer. Esa es mi realidad: no puedo vivir sin ella pero tampoco puedo vivir con ella (...) Yo debiera ser conducido al desierto a varillazos».

Ese mismo personaje —autopunitivo, melancólico, descontento, irritable, muchas veces misántropo— es el que puede escribir estas conmovedoras palabras: «Vi confianza en los ojos de una mujer y no pude mantener los míos cerrados» (carta a Brod del 12.7.1916, hablando de Felice Bauer). En todo momento Brod es su confidente más cercano, su alter ego dialógico, aquel que sí podía encontrar la llave de la puerta anhelada. *Schloss* significa en alemán tanto «castillo» como «cerradura» y *Schrift* significa Ley y escritura. La llave, pues, conduciría a poder encaminarse con clarividencia en la espesa trama de sus interrogantes metafísicos, de sus dudas inveteradas, de sus inseguridades existenciales, de su literatura insomne («No tengo aficiones literarias. Estoy hecho de literatura»), de su obstinada impotencia.

Poder ingresar en el castillo del Emperador de la China donde Dios ha instalado su verdad absoluta, poder —¡qué anhelo el de poder para este hombrecito genial!— finalizar de construir la muralla como si fuera la torre de Babel, poder salir de Praga como un agónico sueña salir de su prisión de carne y huesos, poder emerger de la desesperación de la neurosis como «rata enjaulada» que muerde su libertad, poder, en fin, gozar de un sentimiento de pertenencia a una comunidad que lo salvara del disparo final («Kleist se mató de un disparo. Quizá fue el único que encontró la solución correcta». Carta a Felice del 2.9.1913). Brod —repito— es el depositario privilegiado de estos estremecimientos. Pero no sólo por estas cartas, donde la relación es pública, sino por el ininterrumpido diálogo que mantuvieron hasta la muerte de Kafka, donde su lealtad, su protección, sus mediaciones prójimas, su inocultable admiración por su amigo incanjeable, su mano siempre tendida, hicieron de él un estremecido ejemplo de amor y lealtad. Críticos que miran la vida por el ojo de una cerradura estrecha

han podido cuestionar esta amistad pero el mismo Kafka los desmentiría repetidamente, con cartas como la ya registrada más arriba y algunas veces con frases dignas de la más honda introspección psicoanalítica: «Soy tremendamente parecido a tu mujer, tan parecido que si se mira someramente podría decirse que somos iguales» (carta de finales de mayo de 1921).

Max Brod nació en 1884 en Praga, hijo de un director de banco, trabajó en la dirección de correos de su ciudad natal, fue crítico musical del *Prager Tageblatt* (oficio que más tarde le permitiría sobrevivir en Tel Aviv), se casó, tuvo hijos, publicó más de cuarenta libros, asumió su militancia sionista viviendo en Palestina desde 1939, dio cientos de conferencias, fue traductor al alemán de numerosos libros y de los libretos de las óperas de Janacek y supo del reconocimiento mundial (cosa que en aquel mismo tiempo hubo quien no le perdonó). Kafka, por contrario imperio, como su médico rural, recorre un largo camino hasta el fétido lecho de dolor de una joven paciente que al principio quiere morir y luego grita su amor a la vida mientras en su incurable herida reptan miles de gusanos. «Si quiero girar a la derecha, primero voy a la izquierda y luego, tristemente, me desvío hacia la derecha. El motivo principal tal vez sea la ansiedad: no hay problema en torcer a la izquierda, puesto que, de todos modos, tampoco quiero ir en esa dirección». Por eso Kafka no es sólo el incomparable cronista de las vicisitudes de la identidad, de la burocracia y el provincianismo, sino un animal metafísico herido que —como en el cuadro *La Jurisprudencia* de Gustav Klimt— se ha transformado en un viejo feto prisionero de una matriz con tentáculos. «Praga no me abandonará. La pequeña madre tiene garfios», escribirá a Brod. Praga es para él sinónimo de enfermedad. Cuando Kafka debió regresar a Praga porque su enfermedad y su miseria económica le obligaban a acudir —otra vez— a sus padres, escribió: «Triste, nervioso, físicamente enfermo —miedo a Praga— en la cama» (postal a Brod del 22.10.1917). Y agregaba en su tercer cuaderno en octavo: «Camino de Praga: una transición de la libertad hacia la servidumbre y el abatimiento». O en esta carta a Brod (6.7.1922): «En el futuro me quedaré limitado a Praga, luego a mi habitación, luego a mi cama, luego a una determinada posición, luego a nada».

Una breve mención de Praga: en ninguna otra ciudad europea se encuentra un entrelazado tan natural entre el gueto judío y el panorama general de la ciudad. El edificio de la comunidad en estilo gótico y su «reloj judío» (cuyas agujas giraban en sentido contrario al habitual), el viejo cementerio con sus lápidas fantasmales y cabalísticas y con su extraña arquitectura de tumbas amontonadas como si de un gigantesco Golem se tratara, esa atmósfera intraducible y única donde uno siente a sus espaldas los inquietos pasos de un Job de nuestro tiempo, el nuevo cementerio judío donde en un sencillo bloque de granito habita el nombre de *Dr Franz Kafka*, escrito en caracteres latinos y más abajo en hebreo, todo en Praga es memoria de la niebla y destino de melancólicos.

«Estos escritos son para mí de una manera que a todo el que me rodee le parecerá cruel (por no decir *inauditamente cruel*), la cosa más importante del mundo, algo así como la locura para el loco (que, si la perdiera, se volvería loco) o la preñez para la mujer. Esto no tiene nada que ver con el valor de lo que escribo, lo repito una vez más, pues tengo absolutamente claro cuál es el valor, pero también sé el valor que tales trabajos tienen para mí» (carta a Robert Klopstock). Podríamos reproducir cientos de secuencias semejantes en las cartas a Brod. Siempre el destinatario es su amigo privilegiado, consciente que justamente ese amigo es su albacea, cualquiera sean las vicisitudes y contradicciones que Kafka sufra. El 20.5.1924 escribe su última carta desde el sanatorio de Kierling, ya al borde de la muerte: «Muy querido Max: ¡y finalmente también ha llegado el libro!, es una maravilla verlo, llamativo, amarillo y rojo con algo de negro, muy seductor, y además gratuito (...) Quizás habría sido mejor utilizar una fuerte inyección de alcohol cuando viniste, quizás así habría conseguido un aspecto más humano, esperaba con tanta alegría tu visita y resultó tan triste. Pero en todo caso no fue un día absolutamente malo, no lo creas, sólo fue peor que el anterior. Desde luego que junto a estas lamentaciones también hay pequeñísimas alegrías, pero es imposible comunicarlas o quedan reservadas para una visita, como aquella que yo fastidié de manera tan lamentable. Que estés bien, gracias por todo. F.». Una reflexión final: Kafka habla de un libro «amarillo y rojo con algo de negro», como si la chova piquigualda y la piquirroja se hubieran amalgamado en la piel, expresando la totalidad de aquel cuervo nacido

para lo gregario y lo musical, nacido para nidificar y prolongar, nacido para pertenecer y compartir, que, detrás de todas las vicisitudes y del albur insomne de su vuelo, moría convertido en un libro que lo hacía feliz porque, en verdad, él había nacido para escribirlo.

«Así, en ese estado de pacífica meditación, se quedó tranquilamente acostado, hasta que el reloj de la torre marcó las tres de la madrugada. El primer resplandor del amanecer del mundo penetró por la ventana hasta su consciencia. Entonces su cabeza, por propia decisión, se dejó ir al suelo y sus fosas nasales exhalaban el último aliento». Así muere el insecto Gregorio Samsa en *La metamorfosis*. Quizás, allí, en el sanatorio de Kierling, aquella sonrisa de un niño de seis años que juega con un caballito de madera (foto de infancia de Kafka) ha empalidecido hasta ceder finalmente su lugar al extraño interrogante final de unos inteligentes y cansados ojos negros. «No hay arribo ni partida» había escrito detrás de aquella foto de infancia.

Un pensador judío de la raza de los Kafka, Emmanuel Lévinas, escribió alguna vez «¿No es la angustia ante el ser "el horror por el ser" tan original como la angustia ante la muerte? ¿El miedo de ser tan original como el miedo por el ser?». Claro que no hay arribo ni partida porque el temor a la existencia no es que la muerte pueda ponerle fin sino porque ella excluye a la muerte, porque debajo de la muerte sigue estando allí, presencia en el fondo de la ausencia. Kafka muere pero en realidad comienza a vivir, cada vez más reconocido, cada vez más querido como nuestro testigo insobornable, como nuestro hermano más fiel, con el error de la muerte antigua riendo con sarcasmo a su cabecera. Kafka ha olvidado morir: sólo de esa manera el Castillo es accesible, es alcanzable. A través de su palabra definitiva.

Max Brod fue el intermediario de esa eternidad, en el que el deseo de Dios y la ausencia de Dios copularon en el mismo tablero metafísico, esa eternidad donde la esperanza es la esperanza de la esperanza. Escribió Kafka: «El Mesías no vendrá sino cuando ya no sea necesario, no vendrá sino un día después de su llegada, no vendrá el último día sino el postrero». Quizás el Mesías tuvo aquel día, en el sanatorio de Kierling, la forma de un libro «amarillo y rojo con algo de negro» que le había enviado su eterno albacea: Max Brod.

Franz Kafka falleció el martes 3 de junio de 1924. El 11 de junio fue enterrado en el cementerio judío de Praga. Su libro *El artista del hambre* —cuyas galeradas corrigió en sus últimos días— apareció a mediados de agosto de 1924, dos meses después de su muerte. ¿Por qué Kafka encomendó a Max Brod, su amigo fiel y el más empecinado de sus admiradores, que quemara sus libros? Sería pueril pensar en que Kafka elegía a Brod para someterlo a una opción claramente masoquista: quemar lo que más amaba. Quizás es más lícito pensar que Kafka, en su intento de conciliar siempre opciones drásticamente contradictorias, dejaba en manos de su amigo la decisión final. Cuando la carta citada, en la que Kafka pedía (ordenaba) a Brod aquel sacrificio, Brod respondió con estas palabras: «En caso de que vayas a pedirme eso totalmente en serio, te digo desde ahora que no accederé a tu ruego». Cuando Ehm Welk acusó a Brod de haber quebrantado sus deberes de amistad y de haber sido infiel a una persona fallecida actuando contra sus deseos, Walter Benjamin respondió en un artículo publicado en *Literarische Welt* del 25 de octubre de 1929 bajo el título de *Un caballero de la moral*: «La aversión del autor ante la idea de publicar su obra provenía de su convicción de que estaba inacabada y no de la intención de mantenerla inédita. Es comprensible que se guiara por esa convicción a lo largo de su vida y es asimismo comprensible que su amigo no compartiera su opinión (...) Kafka no sólo sabía que debía dejar de lado lo que ya había tomado forma en beneficio de lo que aún estaba por crear; sabía también que habría quien se encargaría de salvarlo y le liberaría a él del cargo de conciencia de dar su imprimátur a esas obras o de disponer su destrucción (...) Brod fue auténticamente fiel a Franz Kafka».

Poco antes de que estallara la segunda guerra mundial, cuando los intelectuales judíos comenzaban a ser perseguidos sistemáticamente, ante la violencia y las arbitrariedades del nazismo imperante, Max Brod salió de su país exactamente un día antes que la Gestapo entrara en Praga. En su maleta de mano, rumbo a Palestina, se encontraban todos los originales y manuscritos de su amigo de siempre. En el contrato firmado por Brod para la publicación de las obras completas de Kafka, el 11 de julio de 1924, se estipulaba que a los padres de Kafka le pertenecía el 55% de los derechos de autor

y a Dora Diamant (su compañera final) el 45%. Brod no percibió honorarios en ningún momento.

Cuando Klopstock vio el cuerpo exánime de Kafka, escribió: «La dulzura de su existencia humana ha desaparecido: sólo su espíritu incomparable se refleja aún en su rígido y querido rostro. Está tan hermoso como un busto de mármol». Aquella piedrecita que había regalado a Brod fue depositada en su tumba. Kafka no llegó a vivir que —como el pueblo al que pertenecía— no sólo el Libro es la última morada y la dispersión en el tiempo esa patria portátil de los judíos, sino la afirmación de que la estancia terrestre es posible y que existe una pertenencia última, que el camino sin fin de la errancia admite, a veces, la certidumbre del fin sin camino.

Arnoldo Liberman

Dos novelas de Alcides Arguedas*

No es necesario insistir sobre la importancia que la colección Archivos, dirigida por Amos Segala, está adquiriendo en el ámbito de los estudios hispanoamericanos, a pesar de la lentitud con la que los volúmenes van

Alcides Arguedas, Raza de bronce, Wuata Wuara, edición crítica coordinada por Antonio Lorente Medina, Madrid, Col. Archivos, 1988.